HÉCTOR DE ARAVENA

AROMA DEL TIEMPO VIEJO

NOVELA

EDITORIAL ARIEL
1931

Aroma del Tiempo Viejo

De esta obra se han tirado 200 ejemplares numerados y con el timbre del autor.

Las ilustraciones de esta edición son croquis a la tinta originales de Héctor de Aravena.

DEL MISMO AUTOR

«EL LLAMADO INQUIETANTE».—Novela. Editorial Lectura Selecta, 1927. Santiago de Chile.

«PÁGINAS ESPAÑOLAS».—Glosas al Arte y al Viaje. Editorial Ariel, 1929. Madrid-Santiago.

«PRIMER CURSO DE HISTORIA DEL ARTE.—Editorial Nascimento, 1930. Santiago de Chile.

«AROMA DEL TIEMPO VIEJO».—Novela. Editorial Ariel, 1931. Madrid—Santiago.

Es propiedad

HÉCTOR DE ARAVENA

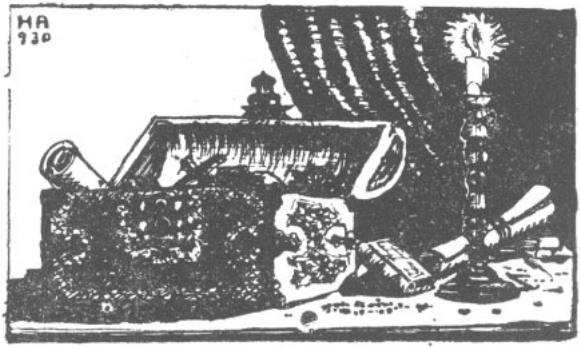
AROMA DEL TIEMPO VIEJO

NOVELA HISTÓRICA

EDITORIAL ARIEL
MADRID.—SANTIAGO DE CHILE
1931

La Nochebuena se viene
La Nochebuena se vá
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A modo de prólogo



El cofre de la bisabuela

Por fin me decidí a abrir el viejo cofre de la bisabuela. Lo saqué del desván donde el polvo y las telarañas borraban los repujados del cordobán y los calados de las guarniciones de plata. La llavecilla, pendiente de ajada cinta de terciopelo, movió los resortes de la cerradura, despertándolos de su quietud de medio siglo.

En el interior de la cajuela, revueltos y confundidos, fueron apareciendo los paquetes de cartas en vitela amarillenta, un grueso fajo de papel sellado, testamentos y cartas-dotes, un hermoso pergamino enrollado con árbol genealógico pintado y cubierto

de diminutos nombres, entre una solemne real cédula con el sello del Rey y la firma del Gobernador, y muchos pliegos dispersos con desteñida letra manuscrita. En un rincón reposaban juntos algunos trozos de encaje, un breviario, un saquito de perfume y algunas borrosas miniaturas de damas y caballeros cuyo nombre no se sabrá jamás. Se desprendía de todo ello un olor triste y desvaído, olor a flores muertas, a esencias femeninas que ya no existen, a recuerdos, a cosas desaparecidas para siempre. Aroma del tiempo viejo.

Mucho he escudriñado en esas reliquias de lejanas vidas. Con ellas he querido resucitar ¡vano intento! un poco aquel pasado irresucitable.

H. A.

I

Aravena
1930

La caliente humedad de la siesta se fué condensando en nubarrones plomizos que luego se deshicieron en chubasco cerrado.

Viento y agua azotaban con furor los árboles de la vera del camino y oscurecían la vista de los contornos. La carretera, tortuosa y áspera, se perdía en la lluvia.

Marchaban las carretas al cansado paso de los bueyes, mientras los carreteros, trepados en los pértigos, acicateaban los flancos de las bestias, animándolas con prolongada gritería.

Formaban el séquito tres carretas enormes, de dos ruedas altísimas, y cubiertas por amplios toldos de cuero sostenidos en varillaje acanastado. Tres yuntas de bueyes robustos, de pesado andar, arrastraban cada una de las carretas.

Poco más a la zaga, otras cuatro parejas de bueyes atadas una tras otra, seguían al convoy, dispuestas para el relevo de las yuntas fatigadas. Un esclavo negro de piernas desnudas, agazapado bajo un poncho indio, a horcajadas sobre el yugo de la primera yunta, conducía los bueyes y algunas mulas cargadas. Cantaba sin importársele nada la tempestad.

Algunos pasos adelante de las carretas, dos jinetes marchaban guiando la cavarana. Uno de ellos era el baquiano, un indio de bronce, chorreando agua y sin más abrigo que un capisayo rojo y un corto pantalón de bayeta. El otro era el mayordomo, Pancho Rivas, vestido a la criolla, con sombrero de copa puntiaguda, chaquetilla corta bordada, pantalón de badana y botas de peludo cordero. Se cubría la espalda con manta de las de Zamora, a rayas de vivos colores y llevaba al cinto dos pistolas enfundadas. Su perfil de águila y su perilla entrecana, se recortaban en el cerco de luz del farol recién encendido, pendiente de la carreta delantera, hacia la que dirigía frecuentes miradas.

Era esta la carreta del señor. Viajaban el señor y sus familiares, y tras de ocho días de marcha con algunas paradas, aquella tempestad de primavera había sorprendido la lenta caravana en las soledades de Teno, después de cruzar el pedregoso río y remontar las colinas siguendo el curso del camino real.

Su Merced el Capitán Don Alvaro Núñez de Céspedes y Valverde, regresaba a sus dominios en calidad de representante del Gobernador del Reino de Chile,

quién lo nombraba Corregidor y Justicia Mayor del Partido.

Venían con el recién agraciado Corregidor, su mujer, Doña María Vidal, y su hijo menor, Don José, quienes le hacían compañía en la carreta delantera.

En la segunda viajaban Don Luis y Doña Micaela Ugarte, sobrinos del nuevo Corregidor, y una parienta lejana, llamada la tía Miranda, que vivía con la familia y ejercía de llavera.

Ocupaban la tercera, en compartimientos separados por una valla de cajas, petacas y almofrejes, los criados y las criadas. Eran ellos dos mozuelos, mestizos de indio, y el mulato Gaspar, cocinero insigne adquirido en Santiago. Y ellas eran Mama Peta, nodriza de los hijos de Céspedes, siempre riñendo y dando ordenes a las otras, mozas de servir, blancas de raza aunque bastardas o «guachas», y una india pequeña, la Melchorita.

Los viajeros de la carreta que hacía cabeza, charlaban a intervalos, cuando los ruidos del temporal al golpear los cueros del toldo y los sacudones violentos de la marcha les permitían hablar, para lamentarse y asombrarse de la tormenta. Don Alvaro, calmoso y grave, recostado en montaña de colchones y mantas que desbordaban del entreabierto almofrej, recordaba los trajines y diligencias que le costara su destino de Corregidor. Referíase por décima vez a los disgustos y malos ratos que en Palacio hubo de sufrir, las andanzas de la Capitanía a la Audiencia y de la Audiencia al Cabildo, las voluntades que hubo

de conquistar, los regalos, visitas y presentes a magnates y subalternos, las desazones, postergaciones y desaires soportados a regañadientes. Larga batalla de dos años seguidos, en Santiago del Nuevo Extremo, donde hubo de traer a su familia para que le acompañase con casa puesta, mientras terminaba la gestión. Sólo sus dos hijos mayores, ya casados, quedaron en sus tierras al cuidado de la faenas agrícolas.

Residía la familia en una de las haciendas que poseían a orillas del río Mataquito, si bien pasaban verano y otoño en la estancia de La Estrella, mil cuadras de tierra de que era señor Don Alvaro, en las costas del norte del Partido de Colchagua.

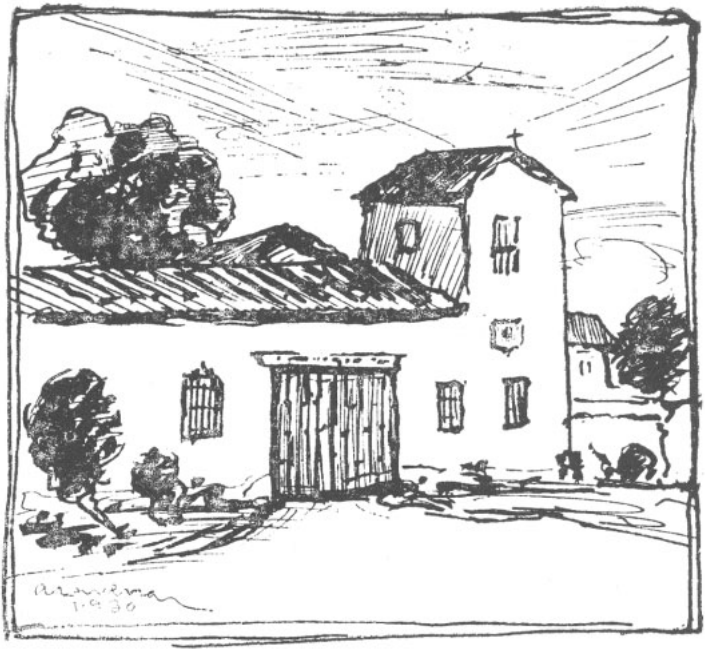
En las últimas jornadas, habían de detenerse cerca de la villa de San José de Curicó, a la sazón acabada de construirse en nuevo lugar, al pié del cerro Buenavista. Allí la emplazó el Gobernador Ortiz de Rozas en su visita, el año del Señor de 1747. En aquella visita, que era servido hacer a sus provincias o partidos el Gobernador del Reino, se presentaron los vecinos de la villa a pedirle que mudase la fundación, hecha por el Conde de Superunda en terrenos mas húmedos y bajos. Y entre los solicitantes figuró don Alvaro Núñez de Céspedes, en calidad de rico terrateniente de la región, dueño de solar en la villa.

Agasajado por Céspedes con suma esplendidez, prometióle el Gobernador el cargo de Corregidor del partido, que vacaría en breve, para premiar así los

servicios de Don Alvaro en la guerra de Arauco, ya que no había ganado con ellos recompensa alguna.

Y entre presentar ejecutorias, probar hidalguía, méritos y servicios, y aguardar las firmas de sus despachos, había pasado en la capital el hidalgo campesino, los años más agitados de su ya larga vida, aposentado en destartalada casona que al efecto alquilara en la calle de los Condes y Cruzados.

Cierto es que el propio Céspedes no se dió mayor prisa, aprovechando el tiempo en conocer, él y los suyos, los pasatiempos y costumbres de la nobleza santiagueña, adquiriendo vestidos, joyas y muebles para llevar a sus tierra, visitando a sus parientes, y mandando copiar sus genealogías y repintar sus blasonados pergaminos.


Aravena
1930

II

Ocho días duraba ya el viaje.

Poníanse en marcha al rayar el alba, después de tomar los peones y criados un presuroso desayuno consistente en lonjas de «charqui», tasajo de buey que llenaba un profundo costal en lo alto del equipaje. Ya no se detenían hasta cerca de las once, buscando un paraje sombreado y próximo a río. Apeaban amos y servidores. Se encendía fuego en un santiamén, traía Gaspar los trebejos de cocinar, asábase medio cordero, calentaban el pan al rescoldo, se repartían botas de vino, quesos y fruta, descubría Mama Peta, en lo hondo de sus canastos, tal cual deleitoso alfajor o tartín de almendras. Y, servidos los señores, todos a comer.

A mediodía, acabado el almuerzo, partían otra vez los viajeros. Gritaban los peones, cantaban los criados, rechinaban y se bamboleaban las carretas...

y al poco rato íbanse apaciguando el ruido y la algazara, hasta que al cabo todos se acomodaban para dormir la siesta.

Era Diciembre. La entrada del verano chileno, espléndido de luz y de color. Las montañas de los Andes cerraban el paisaje por el Oriente, con su interminable muralla de crestería nevadas y faldas azules. Los cerros de la costa, de redondeada cima y tupida vegetación, daban la nota oscura en la sinfonía de los verdes, claros en los prados, matizados y brillantes en el silvestre arbolado de arrayanes, peumos y maitenales. Bajo el cielo azul purísimo se esparcía una alegría salvaje, por aquellos valles de solemne soledad.

Durante días enteros no se veía ser humano. Algunas extensiones de labradío anunciaban la proximidad de las mansiones de una estancia. Pronto aparecían las casas. Agrupábanse en medio de árboles indígenas, araucarias gigantes de simétrico ramaje, altísimas palmeras con tronco de columna, mezcladas con álamos y sauces españoles que se aclimataban y crecían en toda la región.

Animales en las inmediaciones, indios encomendados labrando la tierra, con sus toscos pantalones de cordellate... Luego arribaban a un callejón donde bárbara jauría de perros asaltaba a la cavarana, haciendo que los carreteros más cuidasen de su defensa que de guiar a los bueyes. Era la entrada.

—¡La estancia de los Toledos!—anunciaba Pancho Rivas.

Don Alvaro mandaba hacer alto. Enviábanse los recados del caso, y hacíase la visita. Una vez era a un amigo, otra a un pariente o a un compadre: Alvarez de Toledo, Oyarzun, Mardones, Lazo de la Vega, Marín, Cuevas, Medina, Maturana... Las familias hidalgas, dueñas de la tierra heredada de sus abuelos Conquistadores, gozaban de las riquezas y honores alcanzados con el servicio de los varones al Rey, en la guerra con el indio. Mostraban con ocasión de tales visitas todo el esplendor de su hospitalidad. Largas horas duraba la visita, y a menudo se comía o se pernoctaba, para seguir viaje en la madrugada. A cuyo efecto mandábase disponer las habitaciones para alojados, que eran numerosas y estaban bien guarnecidas.

Aquella oportunidad era propicia a interminables cumplidos e innúmeras pleitesías. Traíanse a colación los parentescos, si los había, o las vinculaciones de cualquier orden que ligasen a castellanos y huéspedes. Refería don Alvaro sus trajines en Santiago, y le acosaban a preguntas acerca de lo que ocurría en la distante corte del Gobernador. Contestaban entre todos, tratando de satisfacer la curiosidad de aquellas gentes que, en la vastedad de sus tierras, vivían en casi completo aislamiento.

Y las descripciones de las fiestas patronales, procesiones solemnes, paseos del estandarte real, cabalgatas, corridas de toros y demás pompas y esparcimientos de los vecinos de la capital, llenaban de asombro a los oyentes, pasmaban a damas y caballeros, arran-

caban jesuses de admiración a los jóvenes y sesudas moralejas a los ancianos.

....La última de estas visitas habían de hacerla al término de la jornada, apartándose para ello del camino real, al llegar a los extramuros de San José de Curicó, cuyas escasas lucecitas brillaban al pié del cerro Buenavista.

Así habían avanzado una legua escasa por el camino que arranca al poniente de la carretera real, cuando avistaron, al fondo de solitario callejón, el mojinete de una pequeña torre o altillo. Era la casa y morada de Don Lorenzo de Labra, Maestre de Campo de las reales milicias, vecino fundador de la villa de Curicó en tierras de sus dominios, caballero de insigne prosapia y grandes virtudes, que sobresalía por su hidalga bondad y munificencia extremada.

...Había cesado la lluvia, y con ello se facilitaría el arribo a la mansión del señor de Labra, conocida por el nombre de la casa de la Villa Vieja, y más adelante del Convento Viejo. Pues allí, en la primitiva Villa de San José de Curicó, a la sazón abandonada, estaba el convento de franciscanos, consagrado a la Virgen de la Velilla o Candelaria.

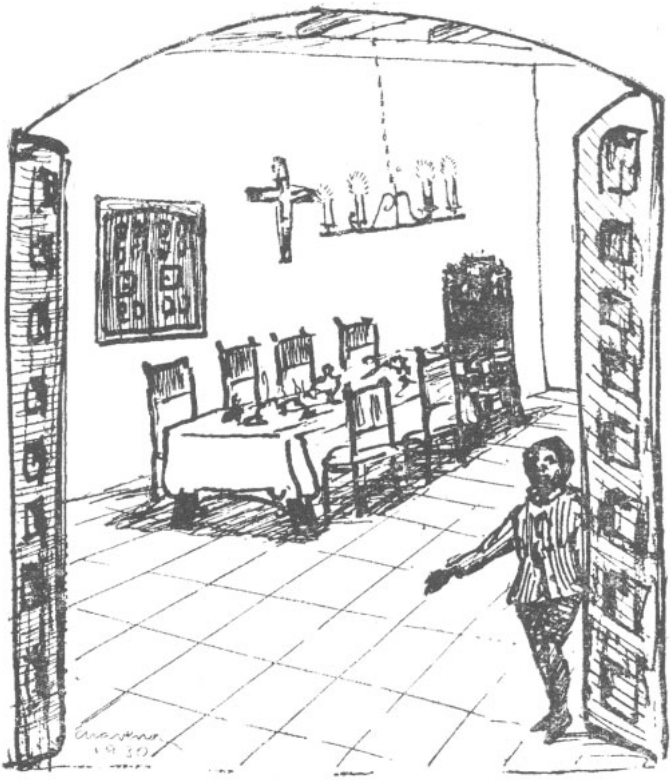
Varios días iban a pasar Don Alvaro Núñez de Céspedes y los suyos, en la casa y heredad, que Labra recibiera a la muerte de su abuela. Era ella Doña Antonia Gómez de Ceballos y Ugarte, invertidos sus

apellidos a la usanza de entonces, hija de don Pedro Ugarte de la Hermosa, gentilhombre de Su Majestad, a quién se había hecho la merced de dichas tierras.

Este y otros pormenores iba explicando don Alvaro a los suyos, cuando llegaron a la solariega morada.

La noche había cerrado enteramente. Se oyó el desatado ladrido de los perros, el abrir y cerrar de puertas y el correr de cerrojos; encendiánse nuevas luces y acudían gentes al zaguán de la casa. El recio portón claveteado chilló al girar sobre sus goznes, y escucháronse alborozadas exclamaciones:

—Los viajeros!... Ahí están!... Don Alvaro Céspedes con toda su gente!...



III

En la explanada semicercada que hacía las veces de plaza de castillo ante el caserón, Pancho Rivas detuvo su caballo, y seguido del indio se aproximó a la carreta de Don Alvaro. Levantando uno de los colgantes del toldo que destilaban lodo formado por la lluvia y el polvo del camino, gritó al interior:

—Que ya llegamos, mi señor!...

Alzóse el Corregidor de sus colchones, y en alegre tono exclamó:

—Ea, perezosos, arriba! que ya llegamos, alabado sea Dios!

Doña María venía dormitando, y el joven Don José tendido de espaldas, entregado a las añoranzas de su vida en la capital, parecía semiaturdido con el vibrante vaivén de la marcha. Ambos se enderezaron dando gracias a Dios, y manifestando su alegría. Al fin,

al fin llegaban. Reposarían del cansancio del viaje por unos tres o cuatro días. Iban a ser huéspedes de Don Lorenzo, mientras se enviaba a Juan Rivas con los criados a la estancia, distante algunas leguas, a fin de dar tiempo a los hijos de Don Alvaro que les esperaban, para disponer lo necesario al recibimiento de la familia.

...Detúvose el convoy. Saltaron a tierra los servidores y acomodaron cajas y escabeles para que apeasen los señores. En el umbral, a la luz de antorchones sostenidos por los esclavos, Don Lorenzo de Labra y su mujer Doña Mónica Donoso Manrique de Aguilar y Roa, aguardaban a los recién llegados.

Divisáronles éstos, y, Don Alvaro y su mujer a la cabeza, se acercaron al portal.

—Sea bienvenido mi noble amigo Don Alvaro Núñez de Céspedes y con él los que le acompañan!—exclamó con solemne acento Don Lorenzo.

—Dios os guarde, Don Lorenzo, con todos los vuestros!—contestó Céspedes. Y agregó:

—Gracias os doy en mi nombre y en el de Corregidor del Rey, que ya somos uno...

—¿Corregidor decís? — gritó Labra, abrazándole alborozado ¡Enhorabuena, y por muchos años!

Acto seguido y quitándose los sombreros, saludaron los caballeros a las damas, presentándose a los que no se conocían.

Conducidos por Don Lorenzo, Doña Mónica y sus hijos, los huéspedes pasaron a la cuadra o salón de vastas proporciones, pieza de honor en la casa.

Era una habitación larga y no baja de techo, que sostenían artesonadas vigas de tosca talladura. Las paredes enjabelgadas hallábanse desnudas, salvo en los testeros, donde campeaban un crucifijo grande y una pequeña Virgen vestida, en su repisa; enfrente de renegrido retratón de cuerpo entero del abuelo de Don Lorenzo, cuyo padre, el Corregidor de Rancagua, lo había traído de España.

Una fila de sillones, tapizados en repujado cordobán, a cada lado de la sala, y un sitial de alto respaldo tallado en antiguo roble y con su cojín de damasco verde, ostentaban coronaciones con el escudo de de armas de los Labras, pintado: en campo de sínople, el caballero armado de plata matando una sierpe de oro.

Y allí acababa el lujo de la casa. No había estrado ni alfombras. El piso era de ásperos ladrillotes, las ventanas sin cristales ni emplomados. Las demás habitaciones eran pobres y desguarnecidas como celdas monacales. El comedor no tenía más mobiliario que una mesa estrecha y larga, con dos bancos de madera por asientos y el sitial de cabecera, pesado y tosco. Guardábase la vajilla en alhacenas que interrumpían la monotonía de las paredes sin ventanas. Candeleros de cobre, distribuídos acá y allá, sostenían gruesos velones de cera amarillo-parduzca que daban turbia luz a las habitaciones. Al joven Don

José todo le hubiera parecido sórdido y detestable, sin la rebosante cordialidad de la acogida que se les dispensaba.

...Tras de una hora de charla en la cuadra, sentados los caballeros a la derecha y las damas a la izquierda, y presididos por Don Lorenzo, abrió de par en par la puerta un negrito vestido de roja bayeta, y anunció la comida. Se levantó Don Lorenzo, y los demás le imitaron. Ofreció Céspedes la palma de la mano a Doña Mónica, quién apoyó en ella la punta de los dedos. Hizo lo mismo Labra con la Corregidora, y seguidos de la tía Miranda y de los jóvenes, pasaron a la sala contigua, que más tenía de conventual refectorio que de comedor familiar.

La mesa estaba a un lado de la habitación, quedando el resto despejado. Ofreció Don Lorenzo a Céspedes el sitio de honor. Rehusólo éste con energía. Insistió el anfitrión, basándose en que lo ofrecía al Corregidor y Justicia Mayor del Partido. Rindióse Don Alvaro a este argumento y aceptó.

En la parte libre de la estancia colocaron las sirvientas—todas ellas indias o mulatas—una mesa, trinche baja, pronto cargada de viandas y vajilla, y—alrededor se instalaron de pié, formando grupo, a las órdenes de una mestiza vieja y diligente que dirigía el servicio.

Distribuidos por la señora los asientos, persignóse Don Lorenzo de Labra, todos le imitaron, haciendo coro a la jaculatoria inicial de la comida, y se sentaron enseguida a la mesa.

Cubría la mesa mantel de grueso lino, hilado en el hogar de los Labras, en lejanas veladas del invierno asturiano, por las mujeres de la casa. Don Lorenzo lo conservaba como recuerdo de sus abuelas de España, junto con las sábanas y demás lienzo de su cama y persona.

Docena y media de cubiertos se repartían en la mesa. Los platos eran, unos pocos de plata, y los más de greda vidriada del país. El vino lo bebía el amo en copa de bronce cincelado y los demás en jarritas de loza sevillana. Copiosos azafates con aves asadas, cerdo fiambre y dulcería, distribuídos frente a los cubiertos, quitaban apenas el aspecto de pobreza a aquel comedor. Pese a la abundancia de criados, al empaque y finos modales de los señores, trascendía de todo un olor a economías y restricciones.

Larguísima fué la comida, y en señal de regocijo permitióse a los jóvenes tomar parte en la conversación.

Huéspedes y castellanos se recogieron en aquella ocasión pasadas las once de la noche, no sin haberse congregado de nuevo en la cuadra, ante cuyas imágenes se encendieron candelas, para rezar todos un rosario en acción de gracias por tan feliz arribo de los viajeros a sus territorios, después de dos años de ausencia y de ocho días de viaje por peligrosas soledades.

IV

No obstante las distracciones organizadas en honor de los huéspedes, no se apartó mucho la vida en la morada de Labra, del religioso recogimiento y austera sencillez que normaban la existencia de los señores de la época.

Madrugábase bastante, oían todos misa día a día en la vecina capilla de los franciscanos. Los hombres volvían a casa, y las mujeres, que prolongaban sus rezos y devociones, los hallaban yá tomando el desayuno: «mates», primorosamente cebados en copa de plata por una esclava. Don Lorenzo tomaba chocolate. Era una costumbre muy extendida en España, que su padre le había trasmitido, con la de pronunciar el castellano arcaico y con eses y zedas distintas y sonoras, de los asturianos.

Las mañanas las ocuparon los caballeros en salidas a caballo, a recorrer la estancia o a visitar la nueva villa, donde Labra mostraba a Don Alvaro y su hijo los adelantos de la población.

El almuerzo reunía de nuevo a las dos familias. Solía acompañarles el Guardián del convento o alguno de los frailes. Como siempre, las mujeres guardaban púdico silencio, tomando apenas la palabra las casadas. Los hijos menores no lo hacían sin permiso del padre.

Las siestas eran larguísimas. Recogidos todos en sus habitaciones, la casa parecía desierta, sin un rumor y con todos los quehaceres suspendidos. Esclavos y sirvientes andaban a pié descalzo para no turbar el reposo de los amos, o se tendían a dormir en algún pajar o al pié de los árboles.

A eso de las tres se reanudaba la vida del hogar. Preparábase la merienda, con tostadas, mate, chocolate, bollos dulces, confitura a veces y vinillo generoso casi siempre. La tomaba la familia en el amplio corredor de techumbre baja que daba al rústico jardín; pero al día siguiente de la llegada de los Céspedes, se dirigieron todos a merendar a orillas del río cercano a la villa nueva, en un deleitoso paraje llamado la Laguna de las Piedras Negras, en indígena curicó, de donde tomara el nombre la ciudad.

Así como en la casa del Maestre de Campo, se vivía en todas las de aquel entonces. Bucólica y desaprensiva existencia en que alternaban la profusión de prácticas y devociones piadosas, con un regalo y unas

incontinencias que no eran sino ingenuos desbordes de vitalidad.

Los muy ilustres y sabios doctores Obispos del Reino, a ésto solían ponerle coto en sus severas sínodos diocesanas, abundantes en castigos, multas y prohibiciones, para sancionar las malas costumbres.

Lamentábanse los señores y los clérigos, particularmente, de los licenciosos hábitos de negros bozales, indios y mestizos, rehacios a la observancia del buen vivir y cada vez más ladrones y «alzados» contra la autoridad de los amos.

Esta no había amenguado, a pesar del decreto de la Reina Doña Mariana que prohibió la esclavitud de los araucanos prisioneros en la guerra; pues el comercio de negros había venido a sustituirla. Pero los escasos servidores, que primitivamente rodeaban a los capitanes de Arauco convertidos en terratenientes, habían aumentado de tal modo, que formaba numerosa plebe. Difícil les era a los señores mantenerlos a raya, aún con aquella disciplina, entre mística y feudal, de las estancias campesinas. De cuya sujeción huían, convirtiéndose en salteadores o emigrando en el mejor caso a las nuevas ciudades, donde ejercían bajos oficios o imperfectas artesanías, cuando no se enrolaban en las milicias. Solamente los esclavos de raza africana podían ser reclamados por sus propietarios.

Con todo, se permitía a los servidores algunas diversiones que, cuando no eran juegos de chueca o pruebas de caballos en la vecina villa, eran cantos y bailes

en el patio de las cocinas. Regocijos éstos que solían presenciar los amos y sus visitas, riendo las bufonadas de algún negro chuscarrón, o celebrando las destrezas de tal indio ducho en juegos de manos. Pese al abismo racial y de casta que separaba a los españoles criollos de los mestizos y mulatos que los servían, notábase ya un relajamiento de los principios que sostenían a unos y otros en sus esferas. Los blancos de origen bastardo o incierto tomaban mujer india; las mestizas guapas, hijas de indio rico o cacique, llegaban a casar con español pobre, desheredado o descastado por cualquier concepto.

Abominábase en casa de Labra, (como en la de casi todos los señores de abolengo) semejantes mestizajes, y culpábase a los españoles, ya fuesen peninsulares o del Reino, de atraer grandes males con tales uniones. La mezcla, legítima o nó, que permitía mejorar a la raza indígena, provocaba conflictos morales, que eran la comidilla y la preocupación de aquellos criollos. Fieles a su tradición hispana, leales a su Rey y a su Dios, solamente cediendo a fortísimas pasiones o necesidades sumas la habrían trasgredido para enlazarse con esposa indiana. Pero el maridaje con la sangre africana no tenía perdón. El estigma de «mulato» era temido como la más horrible de las afrentas, y no se olvidaba jamás.

Aravena
1970

V

Sentados en sendos sillones, mirando al patio, contábale Don Lorenzo al Corregidor, entre sorbo y sorbo de rapé, los sucesos de la familia.

Aunque hallábase la casa de Labra falta de lujo y suntuosidades, vivía la familia feliz, decente y holgada, no obstante su decaimiento. Reunía la solariega mansión a Don Lorenzo con su mujer, los dos hijos varones y la única hija.

El Corregidor Céspedes abrigaba el deseo de casar con ésta al joven Don José, y pensando concertar dicha boda había decidido hacer prolongada visita a los Labras.

Más tuvo la decepción de hallar a la niña de Labra recién casada con Don Francisco de Mardones y Hernández Monroy, caballero brillante, uno de los bue-

nos partidos para las señoritas de la región: era hijo y heredero del Capitán Mardones, señor de la estancia de La Puerta, que comenzaba a las alturas del cerro Buenavista y acababa en la propia Sierra de los Andes.

No en vano habían trascurrido aquellos dos años de alejamiento; ésta boda acaso no se hubiera verificado si Don Alvaro Núñez de Céspedes se hubiese adelantado a pedir a Labra la mano de la niña para su hijo menor.

En dotar a su hija para tal casamiento, hubo de emplear, decía Don Lorenzo, los restos de pasadas riquezas: vajilla, cubiertos, candelabros y braseros de plata, alfombras, cama con colgaduras de brocato, sayas y jubones de damasco y tisú de oro, esclavos y esclavas, pasaron a la casa de Mardones, atestiguando la valía y encumbrada posición de la joven esposa Labra.

Al Mayorazgo, que llevaba su nombre, lo casó Don Lorenzo de Labra con Doña Mercedes de Alderete y Canales de la Cerda, y en ello tuvo compensación, pues la Doña Mercedes fué dotada por sus tíos Canales de la Cerda con dos mil cuadras de tierra entre los ríos Teno y Lontué, vecinos a la estancia de Labra.

El menor de los hijos de Don Lorenzo estaba prometido a una joven de la capital, Doña Josefa de la Cervelle e Iribarren, con quién casó mas tarde, continuando el dominio de Convento Viejo en sus descendientes.

Falto de ambiciones mundanas, piadoso y austero,

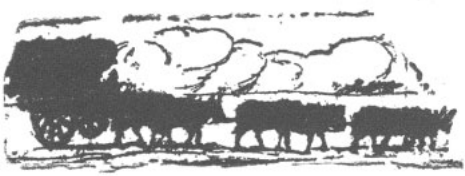
el señor de Labra había heredado las virtudes de su padre, el probo y abnegado Corregidor de Rancagua. Vendía por cuatro maravedíes sus territorios a advenedizos, para atender sus compromisos y obras pías.

En los días de la visita de la familia Céspedes, era todavía Labra uno de los grandes señores de las tierras comarcanas; sus hijos hacían bodas brillantes, y su mujer Doña Mónica Donoso y Roa, se relacionaba por parentesco y amistad con la nobleza regional.

Pronto el desinterés, el desdén por todo comercio, la asistencia y cristiana instrucción de pobres, mestizos, indígenas y fugitivos de las provincias asoladas por el araucano, y demás empresas caritativas y merecederas del piadoso Maestre de Campo, acabaron con su hacienda. Escasamente quedó en salvo el patrimonio de sus hijos.

Labra se había consagrado a la nueva Villa de San José de Curicó, impulsando sus obras de construcción, sanidad y defensa. No le importaba (recelo común en los ricos señores campesinos de entonces) que con la creación de un centro de poblado y autoridades, se amenguase la suya. Ni temía que se ensoberbecieran los mestizos, amulatados y demás gentezuela de los contornos, que habría de pasar a vivir libremente de oficios o comercios, en calidad de vecinos de la villa.

A su muerte, ocurrida en avanzada ancianidad, el nieto del Corregidor Céspedes hubo de estampar, en su calidad de Cura de la Ciudad, el siguiente cruel epitafio, tras breves frases de elogio al fundador y benefactor de Curicó: «No testó por pobre».



VI

Una madrugada de mediados de Diciembre partió de nuevo la caravana. La visita a la estancia del señor de Labra tocó a su fin cuando el Mayorazgo de Céspedes vino a anunciar a sus padres que en la estancia de orillas del Mataquito estaba todo dispuesto al regreso de la familia.

Llamábase el Mayorazgo Don Juan Antonio Núñez de Céspedes, y había casado con una de las tres hijas de Don Pedro Caro de Mondaca, famosas por su hermosura. El segundogénito, Don Pedro Diego de Céspedes, casó con otra hija de Mondaca, y todos daban por hecho que Don José, el menor de los Céspedes, a su regreso casaría con la tercera, Doña Josefita.

Antes de ponerse en marcha, los viajeros oyeron por última vez una misa en la iglesia de los franciscanos, rezada al alba para ello. Las despedidas y los adioses se prolongaron hasta que las carretas doblaron hacia el Poniente por la carretera de la Costa.

Don José había cedido a su hermano el lugar en la carreta de don Alvaro, a fin de que éste y el Mayo-

razgo pudieran conversar a gusto. Tomó la jaca andaluza que Don Juan Antonio montaba, y marchó camino adelante en compañía del mayordomo Rivas.

Sintió don José una gran alegría al ir reconociendo las cercanías de su terruño. A las pocas horas de marcha, iban a entrar en tierras del Capitán Céspedes. Placía al joven escuchar las noticias y comentarios del mayordomo, que le refería las novedades por él halladas a su llegada. Don José extendía la vista por el ancho valle cerrado por cadenas de montañas de líneas suaves como siluetas de mujeres tendidas, y aspiraba a todo pulmón el aire fragante del amanecer en los campos de donde se ausentara dos años atrás.

El joven hidalgo, entonces muchacho desmañado y montaraz, volvía de Santiago convertido en doncel hermoso y galán.

Su padre le había hecho recibir en la capital las lecciones de un clérigo sabio y discreto, y le había mandado acompañar a su madre en visitas y paseos. Así se había afinado de trato, despertado de inteligencia y, sobre todo, habituado a lances y aventurillas amorosas, ya con recatadas doncellas, ya con impúdicas «tapadas» santiagueñas.

Tenía Don José veintidós años, pero parecía de más edad, con su talla esbelta y su rubio bigotillo. Y era de carácter apasionado, vivo de genio, alegre a ratos, y a ratos silencioso y huraño. Don Alvaro, que trataba al Mayorazgo con miramientos, obligando a todos a respetarlo, tenía para Don José un rigor que apenas lograba atenuar Doña María, la cual secretamente pre-

fería al menor de sus hijos. Así el muchacho, entre la severidad paterna y los mimos de la madre, habíase vuelto caprichoso, con arranques de voluntad que se convertían en pasivas depresiones, y con un temperamento fogoso, que no siempre se esforzaba por dominar.

Don José, al trote de su cabalgadura, iba preguntando a Rivas por las novedades de la estancia y de las vecinas haciendas.

—Y ya dicen que se va a casar con Su Merced...

Le hablaba Rivas de Josefita Mondaca.

—Como que hasta son tocayos, Su Merced y Miseá Doña Chepita...

Don José callaba. Pensaba en sus dos años de santiaguense, que le habían transformado por completo. Sabía que a la larga había de ceder, había de casarlo su padre con la niña de Mondaca, y tendría que permanecer por siempre, como sus dos hermanos mayores, soterrado en sus estancias, labrando sus tierras, aislado de cuanto no fuese el vivir sosegado y la monótona holganza de los señores campesinos. No más elegancia, no más trajes de seda y terciopelo, no más fiestas ni paseos, ni corridas de toros, ni torneos de caballos; adiós a las escapadas nocturnas, adiós a los jolgorios con amigos en casas de tapadillo...Sabía que aquello se acababa para siempre, y que la vuelta a las paternas tierras era el principio de otra diferente existencia. La boda en perspectiva, las faenas agrícolas que había de presidir, ya que no activar, los escasísimos esparcimientos de familia, todo le parecía in-

sulso y falto de atractivos. Una ojeada a ese futuro próximo bastó para sumirlo en un desabrimiento, apagándose con ello la alegría que al principio le despertaran sus recuerdos de infancia. ¿Sería tentación del Malo? No lo sería, pues en la capital no era todo perdición, ni era todo santísimo en el campo... Cavilaba el mozo, cavilaba...

Lo notó de seguida el viejo servidor y le dijo:

—¿Por qué se pone tan triste Su Merced? ¿En qué viene pensado? «Pensamientos vanos, cuervo en la coronilla...»

—Pienso, que no he de volver nunca más a Santiago.

Calló el mayordomo. El había acompañado a la familia del señor de Céspedes durante su estancia en la capital de Reino, y viendo las desazones y trajines de su señor, y las escapadas y amoríos de su joven amo, comprendía que Santiago era ciudad de sinsabores y tentaciones, de zozobras y peligros. Hallábase muchísimo mejor en la calma de sus campos, que hasta de remotos ataques del indio estaban libres, y, filósofo sin saberlo, había aconsejado respetuoso a sus señores, para que volvieran al Mataquito, sin pensar en corregimientos ni en vanas ambiciones, que con su riqueza ya tenían, a Dios gracias, sobrado.

El había hecho de paje acompañando a Don Alvaro, y le había visto languidecer y revolverse en las antesalas de Palacio. El había recogido a Don José herido en la puerta de la casa por embozado rival, lo había curado, y había guardado el secreto. Pancho Rivas

tenía para ese Santiago de perdición y sobresaltos, un no disimulado rencor.

Pero la tristeza de Don José, le causaba pena, y sin pensar lo que decía, exclamó malicioso:

—Ya le he de ver yo a Su Merced cuando lleguemos a la posada de la Cachucha, a ver si bosteza...!

Don José inquirió:

—¿Y qué posada es esa?

—Pues, la del mulato Joaquín, a la vera del camino nuevo. Fama tiene ahora por lo bien servida y lo buena. Esta tarde comeremos allí, si Dios quiere.

—¿Y por qué la llaman así?

—Ahí está, ahí va mejor lo mejor.... Pues, por la mujer del mulato, que le dicen «la Cachucha» Tienen una hija...una hija... ¡a fé que tiene los demontres en el cuerpo esa negra pícara! Murmuran que la madre es bruja. Yo no sé si será; pero que la hija tiene sus mañas, vaya si las tiene! Como que varios señores la rondan, y diz que hasta un caballero la pidió en casamiento...

—¡A una mulata!

—La madre es blanca. Y ella, morena es, sí; pero más guapa que un angel.

—Cállate viejo,... y no digas heregías.

Reía satisfecho Pancho Rivas. Había logrado distraer a su joven señor, y hasta interesarlo por la hembra aquella. Así acabaría de olvidar nostalgias de Santiago, y acaso tomara de nuevo gusto a sus tierras cuando conociese a la María Jesusa...

Y pusieron los caballos al galope.

VII

Cuando llegaron a la posada las carretas, ya estaban allí, hacía buen rato, Don José con el mayordomo. No quiso el Corregidor dormir en la posada, sino seguir viaje esa misma noche, mas bajaron todos a comer y descansar hasta la puesta del sol. Servíanles Joaquín y su mujer, y, hasta que partieron de nuevo, les colmaron de zalemas y reverencias.

Don José y Pancho Rivas, que llegaron a media siesta a la posada, se habían hecho traer al huerto, bajo los árboles, una merienda compuesta de fruta, queso, pan, y un cantarillo de vino. La hija de los posaderos, que les servía, hacíales compañía a ratos, respondiendo con gracia a los dicharachos y pullas del viejo Rivas, y contestando atrevida con miradas fogo-

sas, a las no menos ardientes que le lanzaba el joven señor.

Apartado Rivas por fin, quedaron solos unos instantes. Vestía la moza refajo de lanilla azul vivo con roja y ceñida chaquetilla. Llevaba pesadas ajorcas de plata, y peines también de plata en la renegrida cabellera, que se retorcía en dos trenzas por la espalda. Jugueteaban traviesos rayos de sol a través de la enramada, a cual tocaba sus mejillas, cual hacía brillar sus blancos dientes, cual pintaba lunas en sus vestidos, cual rozaba sus breves piés descalzos.

Y Don José, soliviantado por la bizarría de la moza y por la voluptuosidad de la siesta, sentía arder en su sangre caldeada de sol y de vino, un fuego nuevo y desconocido, que no era ni aquel del dulce suspirar ante la reja de las santiaguinas, ni el alegre retozar con las tapadas en las noches de jolgorio de la capital.

Era una pasión nueva, un embrujo, un desvarío. Cogida la muchacha por la cintura, arrancóle un beso y una promesa. Las casas de la estancia distaban poco, y, a la noche siguiente para no despertar sospechas, vendría él hasta la posada.

...Ya instalados en su morada, los Céspedes comenzaron su vida, distribuyéndose las nuevas ocupaciones.

Dió principio Don Alvaro a sus funciones de Corregidor y Justicia Mayor, dando audiencia tres veces por semana a las autoridades del Partido y sus gobernados, en un vasto salón desmantelado que abría sus puertas al ancho corredor donde dos soldados hacían guardia.

Don Antonio, el Mayorazgo, recibió pronto el nombramiento de Lugarteniente del Corregidor, y le reemplazaba en sus funciones cuando para ello era preciso salir de las estancias. Don Pedro Diego, el segundón, tomó a su cargo la dirección de las faenas agrícolas, rigiendo las labores de mayordomos y capataces, y recorriendo a caballo las haciendas de su casa y las de su mujer.

Eran las viviendas extensas y numerosas, pero mandó Céspedes ensancharlas aún con nueva ala de habitaciones que, mirando al norte, tenían atrás un corredor con vistas al río. Los muebles, tapices y vajilla adquiridos en Santiago, ocuparon pronto sus respectivos lugares. Doña María tuvo por fin estrado, y muy lujoso, para recibir a sus visitas, que no eran pocas. Todos los vecinos y aún personas del Partido de Maule, se apresuraron a saludar al nuevo representante de Su Majestad en la región.

Siendo la nueva villa de San José de Curicó la más cercana, era necesario llevar órdenes, traer noticias y mantener constante relación con sus pobladores, co-

mo también con los de la Doctrina de Vichuquén. Don José, con gran contento de su parte, recibió esta misión, que le permitiría distraerse y, a cada viaje, detenerse en la posada de la Mari Jesusa. Sentíase el joven cada vez más subyugado por esta muchacha. Y ella, con diabólicas astucias, aunque fingiendo inocencia y sumisión, lo enamoraba sin acabar de rendírsele, encendiendo por todos sus medios aquella naciente pasión, en las furtivas citas que se repetían noche a noche.

Pronto acudió Don Pedro Caro de Mondaca a visitar a su consuegro, y el resultado de dicha visita fué que Don Alvaro llamase con grave continente a su hijo menor para advertirle que acababa de concertar su matrimonio con Doña Josefita Mondaca, y que la familia Caro de Mondaca vendría a pasar con ellos las Navidades.

Recibió el joven la noticia sin pestañar, tan sólo palideciendo un poco, y Don Alvaro interpretó el silencio de su hijo como muestra loable de obedencia filial.

Mas apenas quedara solo, Don José estalló en furor y rebeldía como nunca antes le ocurriera. Y cogiendo su caballo, salió en desatada carrera, camino de la posada de la Cachucha.

Estaba la muchacha en el patio, junto al brasero, tomando mates con su madre. Las mujeres vieron lle-

gar al joven demudado, y comprendieron que algo grave le ocurría. Don José desmontó de prisa, y contóles lo sucedido... La vieja, resuelta a todo trance a sacar partido de la situación, se limitó a escuchar, asintiendo con el gesto a las protestas del joven hidalgo. Y no fué poca su alegría cuando oyó a Don José decirle a Mari Jesusa impetuoso:

—¡Antes me habré casado contigo!

1930

VIII

Era el señorío de Don Alvaro severo y autoritario, aunque no cruel. El de su mujer, en cambio, volvíase todo dulzura y amor.

Indios, criollos, esclavos y criados, la adoraban como a una Virgen familiar. Su caridad con los humildes, la suavidad de su palabra, el trato sencillo y el ánimo alegre de la ama, conquistaban todos los corazones. Unida a Céspedes a los doce años, aportó al arruinado caballero considerable patrimonio. Extendíanse los dominios de Doña María Vidal en las costas de Colchagua hasta muy cerca del rio Rapel. Llevó además en dote abundantes ganados, robustos esclavos, joyas de alto precio, y cierta cama mozárabe de ébano taraceado, con sus ropas de damasco.

Céspedes, peleando en las guerras de Arauco, conquistara más gloria que recompensas, y quedóse bastante pobre. Pero gracias a la dote de su mujer, pudo considerarse rico. Después de sus bodas con Doña María, pasaba por uno de los más opulentos señores del Partido y de los ricos del Reino. Toda su vida guardó gratitud a su mujer por la fortuna que le trajo, y a un amor grande y duradero unió un reconocimiento constante. Tratábala con mil cariñosos miramientos. Trece años mayor que ella, teníala por una niña, pero hacía que se la rodease de altos repetos, dando él mismo el ejemplo. Nunca, en más de treinta años de casados, le fué infiel ni siquiera en pensamiento, en época que por lo abandonado de la existencia en aquellas inmensas soledades campestres, los señores holgábanse con barraganas que sostenían en sus propias tierras.

Enteróse pronto Doña María de las escapadas de su hijo menor, y no pensó sino en evitar que Don Alvaro procediera a impedirlas con exceso de rigores.

Pero cuando llegó a sus oídos la noticia de haber dado Don José palabra de casamiento a la Mari Jesusa, quedóse consternada, y en espera de espantosos disgustos. Resuelta a intervenir, quiso aconsejar a su hijo y lo halló terco e inflexible. Y, llena de zozobra,

aguardaba el momento de acudir a su lado cuando estallase la tormenta.

Esta no se hizo aguardar, y de modo inesperado. Los González de Medina, señores de la comarca de Lontué, fueron asaltados y robados en el camino de sus estancias. Preso un mestizo sospechoso de complicidad, confesó ante Don Alvaro que lo juzgaba. Y en un arranque de insolencia, respondió al Justicia Mayor, quién lo condenaba a cien azotes:

—Al Joaquín si que no lo manda Usía azotar, que vá a ser su pariente!

Enfurecido Céspedes ante el ultraje del villano, descubrió pronto el motivo de semejante dicho. Y mandando retirarse a familiares y soldados, encerróse con Don José en tremendo interrogatorio. Cuando el joven confesó su extravío, y Don Alvaro detuvo su andar de león enjaulado para estallar en terrible maldición, abrióse de golpe la puerta de la sala y Doña María se abalanzó entre ambos, arrojándose sobre su marido para taparle la boca. Gracias a sus repetidas súplicas, aplacóse Don Alvaro, limitándose de momento a mandar al joven preso en su cuarto.

Mas no duró mucho esa calma. Pues, revestido de toda su autoridad, redactó una orden de destierro y

confiscación en contra del mulato Joaquín y los suyos; acusados, él de complicidad en el salteo a los caballeros González, ella de brujería, y la hija de deshonestidad y mal vivir.

Era dicha sentencia a todas luces parcial e injusta. El Corregidor y Justicia Mayor, faltando a su deber, iba a emplear sus atribuciones en venganza e interés de causa propia.

...A punto estaba el ofuscado padre de firmar la orden para darla a sus gentes, cuando pararon ante su casa unos viajeros. Eran dos frailes de la Merced, procedentes de Santiago, a quienes esperaba Don Alvaro. El Corregidor los había invitado a sus estancias para las Pascuas de Navidad y de Reyes, a fin de que organizasen misiones, adoctrinasen indígenas y celebrasen las festividades religiosas de esos días. El de más edad, Fray Jerónimo, descendió de su mula ayudado por su sirviente, mientras el más joven, Fray Felipe, saltaba ágilmente de la suya.

Al divisarles por la ventana, arrojó el atribulado Corregidor la indignada pluma, y corrió al encuentro de sus huéspedes. Gozaba Fray Jerónimo fama de santo, y Fray Felipe era tenido por incomparable predicador.

Su visita, que le ofrecía consuelo y buen consejo, alegró al señor de Céspedes y le alivió el espíritu. Alegría y despejo que había perdido al ver en tan grave trance la honra de su casa y el prestigio de su autoridad.

Aravena
1930

IX

Trascurrían los días de vísperas de Navidad en medio de preparativos para las fiestas religiosas que se iban a celebrar. Mientras Don Alvaro departía horas de horas con el pausado y prudente Fray Jerónimo, el joven Don José acompañaba a Fray Felipe en sus visitas a las viviendas de los aledaños, para lo cual levantóle Don Alvaro el castigo.

Fray Jerónimo, enterado de los disturbios familiares provocados por los amoríos del joven Céspedes y la mulata, apresuróse ante todo en persuadir al Corregidor a que rasgase el pliego donde sentenciaba al posadero. No fué pequeña para el señor de Céspedes la lucha que se trabó entre su rectitud y su paterno celo. Mas las razones del piadoso fraile acabaron por decidirlo. De acuerdo ambos, confiaron en la

habilidad de Fray Felipe, encargado de disuadir al joven y apartarlo de su insensata pasión.

Comenzaron los rezos y novenarios de Navidad. Acabadas las faenas diarias, congregábase toda la familia en vastísima estancia, en cuya muralla testera habíase erigido un altar y a su lado un monumental nacimiento. Cada uno aportó algo de su ingenio o de sus curiosidades para esta obra. Grandes cueros de vaca a medio curtir, colocados sobre cajas y maderos, imitaban una montaña, al pié de la cual se veía el pesebre de Belén. Innumerables candelillas de colores, en cuya fabricación era diestra Mama Peta, distribuidas por todas partes, iluminaban la profusa ornamentación. Era admitido todo cuanto se estimara del agrado de Jesús niño: toscos juguetes de madera y barro, frutas, cacharritos floridos, estampas, figurillas de cera o de greda, espejuelos y mil ingenuas chucherías.

Llenos todos de pueril alegría asistían al rezo de la novena. Los señores ocupaban sus silletas y reclinatorios; criados y esclavos se acomodaban en el suelo enladrillado. Acabados los cánticos, que Fray Felipe dirigía, se permitía acercarse al nacimiento. Y era de ver el pasmo y la maravilla de aquellos cobrizos y amulatados rostros, que en los niños tomaban expresión de grave interés y en los mayores de infantil

regocijo. Antes de dispersarse la reunión, Doña María, secundada por la tía Miranda, distribuía fruta y alfeñiques a los concurrentes, en medio de la consiguiente algazara de grandes y pequeños.

Y cuando se iban alejando hacia sus casas, cantando todavía algunos de los villancicos que les enseñaba Fray Felipe, la alegría de los humildes llenaba de gozo el corazón de los patriarcales señores.

Sólo Don José apartábase de regocijos y distracciones. Apremiado por su madre, había dado palabra de no volver al lado de la Mari Jesusa. Y aunque por cortesía acompañaba al sacerdote en sus visitas y diligencias, callado y huraño denunciaba su interna rebeldía y su secreta pasión. Más de una vez sorprendiera a Doña María en fervorosa oración, a horas desusadas. Comprendía que su madre rezaba por él, y sentía la mordedura de un vivo aunque fugaz remordimiento.

La víspera de Navidad, mientras todos se disponían para las extraordinarias festividades de la noche, ensayando pitos, matracas y tamboriles, y renovando las flores y las candelas del Nacimiento, Don José, sin poder yá contenerse, cogió su caballo apenas anocheció, para ir a la posada de la Cachucha. Iba, faltando a su palabra, y a sabiendas de que se

le echaría de menos a la hora de la novena. Nada le importaba, sintiendo arder en su sangre incontenible deseo, y en su voluntad la intención de hacer suya a la muchacha.

El aire tibio de la tarde acariciaba sin refrescarlas sus sienes palpitantes. Al trote del alazán iba dejando mecer su fantasía en voluptuoso ensueño, y su deseo convertíase en avasallador e irresistible.

El camino alejábase de la vega, y el olor a yerbas frescas era reemplazado por el olor a montaña que emanaban los espinos de la ladera. Llegó hasta la posada.

Dejó su caballo atado en un bosquecillo de peumos y quillayes, para no ser visto, y se acercó a la posada con paso de malhechor. La puertecilla del huerto, donde solía aguardarlo la moza, estaba entreabierta, y de la cocina inmediata llegaba un reflejo del fogón. Don José se detuvo, paralizado de celos, de rabia y de asco.

La Jesusa estaba en brazos de otro.

El joven sintió que la vida, detenida en sus venas unos segundos, volvía a su ser convertida en torrente de odio, y que todas sus fuerzas lo arrastraban a la venganza. Iba a precipitarse sobre la mujer y el que la abrazaba, con ánimo de atravesarlos de una sola puñalada, cuando recordó que andaba sin armas. Aturdido y vacilante retrocedió hasta la carretera.

Y a la lumbre de un farol mortecino que pendía junto a la puerta, entrevió un grupo de viajeros que, después de comer, montaban en sus cabalgaduras.

Eran Don Pedro Caro de Mondaca, su mujer y su hija menor, que iban a pasar las Pascuas en casa del Corregidor Céspedes.

Don José, temeroso de ser sorprendido allí, corrió a tomar su caballo, e hincándole las espuelas partió en loca carrera hacia su casa.

Aravena
1930

X

Un torbellino de emociones y pensamientos contradictorios cruzó por la imaginación del joven mientras se dirigía a su hogar. De la rebeldía que sintiera ante los designios paternos, pasó pronto a bendecirles por haberse adelantado a evitar su desgracia. De la pasión que le encendiera por la muchacha del mulato, no le quedaba más que repugnancia y desprecio. Y su indiferencia ante Josefita, mudóse en consolador, esperanzado arrobamiento: se le grabó la figura de la niña, montada en su caballo blanco con gualdrapa roja. Vestía Chepita un traje celeste, bajo el mantón de viaje, y recibía en sus doradas trenzas la luz del farol que nimbaba su cabecita, dejando en penumbra su dulce rostro de candor virginal. Era tal una visión de leyenda y encante...

Ya cerca de las casas, Don José sintió en su alma la necesidad de limpiar de impureza y soberbia sus pensamientos; y, temiendo incurrir en desobediencia a lo que él veía como mandato divino, claramente expresado a través de los hechos de aquella tarde, se dispuso a confesar humildemente y a cambiar de vida.

Una dulzura nueva llenaba su espíritu, serenando su alterado sentir, y un gran temor de recibir el justo castigo a sus liviandades y arrogancias, se mezclaba a su contento, aumentándole la voluntad de arrepentirse.

A su llegada encontró a Fray Jerónimo en el corredor, aspirando el aire fresco de la noche.

—El Señor dispone que os halle aquí, Fray Jerónimo—dijo Don José besándole la mano—quiero que me escuchéis en confesión.

Solícito levantóse el viejo sacerdote, al llamado del joven, asombrado de verle en aquel estado de confusa humildad. Largo rato duró la confesión que de sus culpas hizo Don José al mercenario, quien veía entamaña contrición un verdadero milagro de aquella Nochebuena.

Pronto empezó a sonar la campana de la casa dando el primer llamado para la novena.

La comida se había anticipado y se esperaba a los huéspedes del Corregidor, invitados especialmente para aquella ocasión.

Su llegada hubiera pasado inadvertida en medio de la agitación que reinaba en la casa con los avíos

de las fiestas. Celebraríase la solemnidad con fastuosa cena, y a la hora del nacimiento de Jesús se cantaría la Misa del Gallo.

Mas Don José, apostado en impaciente espera, aguardaba a Don Pedro Caro de Mondaca y los suyos, que llegaron de los primeros.

Y al sostener el leve peso del cuerpo mimbreño de Doña Josefita, para ayudarla a desmontar, creyó recibir el más preciado dón que hubiera podido alcanzar en todas las nochesbuenas de su vida.

XI

Aquella cena de Navidad congregó a la mesa del Corregidor y Justicia Mayor, a los señores de la vecindad y hasta algunos del Partido de Maule, que acudieron a pasar esos días en casa de los Núñez de Céspedes.

Presidió Don Alvaro en la mesa, teniendo a su derecha a Fray Jerónimo, quién bendijo la reunión, gordo y plácido en sus blancos hábitos. Sentó a su izquierda a Don José Gutiérrez y Aberasturi, noble caballero poseedor de las estancias de Perquin, cerca de la ciudad de Talca. Venía acompañado de su mujer, Doña Marta, hermana del Regidor Perpétuo y Alcalde de Santiago, Don Juan José de Cuevas y Oyarzun. Le seguía en colocación el Capitán del Regimiento de Dragones de la Princesa Don Gabriel de

Aravena, nieto del guerrero navarro Esteban de Aravena, fundador de rica y poderosa familia de Maule. Sentábanse después Don Pedro de Castro, marido de Doña Bernarda del Pino, y Don Pedro Caro de Mondaca; y se distribuían según edades y categorías, Fray Felipe, el Mayorazgo de Labra, las señoras, los primos Ugartes y los hijos de Céspedes. Don José quedó enfrente de Doña Josefita Mondaca.

El refectorio hallábase profusamente alumbrado por candeleros de pié, cuyos velones goteaban cerote sobre el piso enladrillado, a lo largo de las encaladas paredes. Dos armarios de madera del país primorosamente tallados, y una mesatrinche con adornos de concha, formaban el mobiliario, con la angosta y larguísima mesa rodeada de banquetas y sillones de cordobán. Los muros estaban engalanados con dos reposteros de damasco y terciopelo, uno morado con las águilas bicéfalas y el escudo de Su Majestad, (cuya autoridad representaba Don Alvaro Núñez de Céspedes), y otro, pendiente de dorada lanza, de raso escarlata con los escudos de Núñez y Céspedes, acompañados de leyenda y adornos bordados con oro. A un lado colgaba del techo pesada araña de cobre con bujías rojas, enfrente del lienzo, copia de buena mano al de valenciano Juan de Juanes, que representaba la Santa Cena.

La mesa estaba espléndidamente puesta. Lucía una rica vajilla de plata que llevaba labrado el escudo de Céspedes, herencia de la bisabuela cuyo apellido usaban. La mantelería era de damasco; fuentes y azafa-

tes, de loza valenciana con flores pintadas, y algunas copas, de cristal tallado, lujo inaudito, traído por la familia de la capital.

No menos suntuoso fué el servicio, atendido por tres criados secundados por multitud de sirvientas y mulatillas que se atropellaban por pasillos y corredores, pellizcando las viandas a la pasada.

En la cocina imperaba el negro Gaspar, rodeado de pinches y ayudantes. La tía Miranda y Mama Peta ordenaban aquella batahola y hacían milagros para que todo marchase a punto... Sin poder evitar, no obstante, que algún negrito huyese con tal puñado de piñonates, ni que los cántaros de vino puesto a refrescar, mermasen su contenido.

A los postres mandó Don Alvaro a su hijo menor que dijese unos versos, pues el joven había dado en la afición de componerlos a tiempo que el preceptor de la familia (un viejo clérigo de misa y olla) le enseñaba algunos, latinos y en romance.

Levantóse Don José bienhumorado, y pidió permiso al señor de Mondaca para dedicarle un soneto a su hija. Ruborizóse Doña Josefita con la propuesta del poeta, y escuchó cabizbaja la galante endecha.

Don Alvaro, sorprendido ante el repentino cambio que venía observando en el ánimo de su hijo, llenóse de contento; y al ver que todos celebraban la improvisación, recordó a los concurrentes que nó en vano había existido en su familia un Don Pablo de Céspedes, poeta insigne y famosísimo pintor, de quién acaso heredase su hijo una chispa de ingenio... A

petición de Fray Jerónimo, a quién deleitaba mucho la poesía, hubo de recitar el joven unas estrofas del ilustre antepasado cordobés, y con brioso y claro acento, dijo aquello de

«Muchos hay que la fama ilustre y nombre
por estudio más alto ennobleciera»...

Había en la sobremesa grande alborozo, y por mandato de la Corregidora trajeron una guitarra. Doña Micaela de Bolívar, mujer del Capitán Aravena, tocó algunos compases en aquel instrumento que sólo sabían tañer las damas de mucha finura y algunos caballeros cortesanos. Se le pidió que cantase, y a ello accedió tras de alguna resistencia, entonando una canción de amores que acababa en lánguido estribillo, en tanto que se dirigía a su marido con púdico ademán. El viejo Capitán oía enternecido a su joven esposa, y todos miraban y escuchaban complacidos. Repitiéronse las canciones, pasó el precioso instrumento de mano en mano, y lucieron su donaire y agraciada voz casi todas las damas.

Habíanse apartado de la mesa y formado corro en la vasta estancia. Los servidores agrupados a las puertas, contemplaban la fiesta, y entraban de vez en cuando a despabilar los gruesos velones que chorreaban cera y atraían enjambres de palomillas y demás insectos nocturnos.

Animóse el concurso con las adivinanzas de Fray Felipe, y más todavía con el relato matizado de chascarros, que hiciera Don Gabriel de Aravena de sus

lances en la guerra con los indios de Arauco, en cuyas campañas habían alcanzado gloria todos los de su linaje.

A todo esto era cerca de medianoche, una tibia y clara noche de verano. La luna se elevaba sobre los campos solitarios, y su claridad envolvía a los montes de silueta sombría al fondo del extenso valle. Las aguas del ancho y remansado Mataquito brillaban con reflejos de azogado cristal.

Reinaba una paz acaso como la de aquella divina Noche de Galilea...

XII

La campana de la patriarcal morada agitóse en su espadaña, y resonaron en el sereno ámbito sus toques repetidos l'amando a la Misa del Gallo.

Por patios y corredores empezaron a acudir los de casa y de la vecindad a la Capilla. Hallábase a un extremo del edificio, y las puertas abiertas de par en par, dejaban ver el interior de áurea iluminación contrastando con el plateado claror de la blanca fachada a la luna, con su cruz en el mojinete.

Ardían innumerables luces en el altar y en el nacimiento. Poco a poco, fueron entrando todos los concurrentes, desde el grave Corregidor con sus engolados amigos, hasta el peón humilde y el hirsuto soldadote; desde las señoras vestidas de seda y tisú, hasta las sirvientas indias a pié descalzo, y las esclavas negras con sus pequeñuelos.

A las doce en punto resonaron jubilosos cánticos, antiguos villancicos mezclados con estrepitosa música de zampoñas y atabales.

Los gritos de ¡Cristo nació! eran contestados con pitos que imitaban el canto del gallo. Los soldados, entretanto, hacían salvas con sus mosquetes en el patio y quemaban regueros de pólvora, mientras se unía al gozoso estruendo el ladrido de los perros y el relincho de los caballos.

Poco a poco el ruido y la algazara fueron amenguando y extinguiéndose, y de nuevo sonó la campana. Comenzó la misa. Fray Jerónimo oficiaba y Fray Felipe dirigía el coro de niños y mujeres, que no cesaba de cantar villancicos en loor al misterio del nacimiento del niño Dios. Aromados de ternura elevábanse aquellos viejos cánticos de alegre ritmo y arcaica palabra, repetidos a través de siglos con la misma fé, con el mismo amor. Amorosa fé reflorecida en las almas ingenuas que vivían esa existencia de simple y primiva placidez, tan apartada yá de los sobresaltos de la guerra como de las tentaciones de la ciudad.

...Resonó la campanilla argéntea, eleváronse las gasas del incienso. La comunión. Se adelantó Doña Josefita a recibirla, y a su lado se arrodilló Don José. Comulgaron juntos los novios.

Henchíase de gozo el alma de Doña María al musitar:

—Gracias, Señor, gracias, que me devuelves mi hijo!

Milagrosa parecíale a la piadosa madre la mudanza operada en su hijo predilecto. ¡Milagro tenía que ser, milagro del niño Divino, que había escuchado sus ardientes súplicas!

Y Don Alvaro, satisfecho, hundía la noble barba marfileña en el peto de encaje, repitiendo en voz baja y con unción indecible:

—...Y no nos dejes caer en la tentación... mas líbranos, Señor, del mal.

Amén.

Una crónica olvidada

A las puertas del Cabildo de la villa daba cabezazos de pereza el soldado de guardia, sentado en el poyo de piedra y afirmado en el fusil, emblema de su autoridad. De cuando en cuando pasaba algún curioso husmeando lo que ocurría dentro, y entonces él erguía la cabeza y simulaba estar tan alerta como el deber le mandaba.

Salemne era la sesión del Cabildo: los cabildantes habían invitado a los notables de la villa para tratar de importantísima materia. Concurrían los caballeros de la nobleza, los ricos mercaderes y alguno que otro vecino honorable. Y en estrado que tenía a la cabecera el escudo de Su Majestad, se colocó la presidencia, compuesta por el Corregidor con su vara alcaldicia, el Cura y el Alcaide de la Santa Hermandad, para dirigir la discusión.

Mucho había crecido la pequeña villa de San José de Buenavista de Curicó en los setenta años que llevaba de fundada. Al cabo de ellos, si su fundador el Conde de Superunda hubiese resucitado, habría muerto de nuevo con la sorpresa de ver cómo surgieran por encanto calles y plazas, conventos, comercios, cuartel y mercado, al pié del Cerro de Buenavista.

***

Tenia por objeto la reunión una materia que preocupaba a los curicanos: el escudo de armas de la villa. La vecina ciudad de Talca enorgullecíase del título de «muy noble y muy leal» que ostentaba en su blasón, y la de San Fernando llevaba también desde antiguo el suyo. No podía ser menos San José de Curicó, y habían decidido elevar a Su Majestad la petición del título de ciudad juntamente con el escudo de armas y su «mote» o lema titular. Pero no había conformidad en los pareceres. La asamblea, reunida en sala de blanqueadas paredes y aposentada en severos sillones de vaqueta, agrupábase en tres bandos contrarios.

La nobleza territorial, encabezada por los descendientes del Maestre de Campo Don Lorenzo de Labra, pedía que el escudo de Curicó llevara las armas de los Labras: «el caballero armado, de plata, en campo verde, matando la sierpe de oro», en recuerdo y homenaje al prócer vecino fundador, cuya sangre llevaban. Plegábanse a ellos los parientes de la casa de

Labra: los caballeros de Mardones, de Céspedes y de Arriagada, y los Donosos, los Pizarros y los Canales de la Cerda.

Otro grupo, presidido por Don Diego de Valenzuela, de la familia de los Pérez de Valenzuela, proponía que Curicó tomara por armas las del escudo de Don José Manso de Velasco, Conde de Superunda, Gobernador que había elevado a Villa el pueblo de San José de Buenavista. Ello sería justa muestra de gratitud, ya que los curicanos hallábanse aún en deuda con el Conde-Gobernador del reino de Chile que tal honra les concediera. Seguían a Valenzuela algunos caballeros que veían en tal proyecto un medio de hacerse gratos a la corte del Gobernador, pues que envolvía un homenaje al Gobierno. Estos gobiernistas no eran otros que los señores de Urzúa, de Olave, de Bustamante y de Barrales, y a ellos se agregaron los Merinos y los González de Medina.

Finalmente un tercer partido proponía que el escudo tuviese, en campo verde, símbolo de la fertilidad de los campos de Curicó, una corona y tres flores de lis de oro, para expresar que en aquel territorio sólo imperaba la autoridad de Su Majestad Don Fernando de Borbón, Rey de la Españas. Plegábanse a este partido los españoles Marquez y Rodenas, los hijos de Don Francisco Labbé, francés naturalizado, los Vidales, los Greces, los Fermandois y los del Pino.

La discusión se hizo acalorada. Los «lorencistas» dirigían invectivas contra los «gobiernistas» o «superundistas», en tanto que los partidarios de la Corona

atacaban a los amigos de la tradición regional. Púsose término al debate sin llegar a acuerdo alguno, y con los ánimos bastante exaltados, lo que se tradujo en corbatines de encaje fuera de sitio y en pelucas empolvadas que perdían el equilibrio sobre las severas testas patricias. Retiráronse los magnates de la villa mirándose de soslayo y despidiéndose con saludos de fría ceremonia, para dirigirse a sus casas o montar en los caballos, que los esclavos acercaban hasta la puerta, camino de sus haciendas, comentando los incidentes del agitado consejo.

* * *

Repitiéronse las asambleas y repitiéronse altercados y reyertas. Los ánimos se agriaron lo indecible. Los bandos, subdivididos, sostenían peregrinas argumentaciones en pro de sus pretensiones y en contra de las ajenas. Y llegó a producirse tal encono, que la autoridad de Alcalde y Cura se vieron en duro trance para impedir que se llegase a desmanes.

La villa, en su lento y monótono vivir, tuvo un motivo de pasión inesperado: ardió en enojos y desavenencias, deshiciéronse bodas y compadrazgos, nacieron odios y persecuciones. Hubo pleitos, riñas de criados y hasta lances de honor a punto de realizarse. Pero lo que hizo época fueron las coplas y epigramas con que se atacaban los bandos, coplas y chanzonetas que los chicos cantaban en el «llano» o Alameda, en rondas que los aludidos dispersaban a bastonazo limpio.

A los «lorencistas» les cantaban la siguiente estrofilla que aludía al influjo de los «superundistas», mercaderes ricos casi todos ellos.

«El caballero de plata
No mata la sierpe de oro
Aquello no puede ser
Está muy gorda la sierpe
De tanto y tanto comer».

A lo que los «lorencistas» contestaron en una copla que se hizo popular:

«El Título de Castilla
Que pronto nos vá a llegar
Nos cuesta mil patacones
Y un *Dios se lo pagará*».

Replicaron los «gobiernistas» con un dístico que por lo descarado callamos. Y pronto los «godos» o «coronistas» tuvieron también lo suyo:

«Para probar a Fernando
Que aquí sólo manda él
Se pintan una corona
y ladran en cuatro piés».

Esta coplilla, considerada irrespetuosa para Su Majestad, fué penada con cien azotes por la autoridad. Pero los alguaciles no pudieron coger nunca al que la cantaba por las noches desde oculto rincón. Tanto que llegó a creerse que no podía ser otro que

cierto brujo de Vichuquén, que traía muy alarmadas a las comadres en las veladas junto al brasero...

***

Poco a poco el tiempo fué calmando rencores y apaciguando los ánimos, hasta que el asunto cayó por completo en olvido, y no se volvió a hablar de él.

Quedó por años la disputa en suspenso. Mas el señor de Valenzuela, que había iniciado la petición de Título de Castilla de que hablaba la copla, al rendir informaciones de nobleza y efectuar las demás tramitaciones, habíase hecho conocedor del papeleo, y amigo de los ministriles que de tales materias entendían en Santiago, y volvió a hablar a los vecinos de la forma que convendría emplear para conseguir el escudo y título de ciudad. Esto alentó a los que se habían retirado de la disputa, y se reanudaron las asambleas. Por fin adoptóse un criterio conciliador: se elevarían las tres peticiones, para que el propio Rey escogiera el escudo que por conveniente tuviera su real voluntad.

Pasó el tiempo, siguió su curso el expediente, acumulando visto-buenos, firmas y sellos, siguió en trámite de Curicó a Santiago, de Santiago a Madrid, de Madrid a Sevilla. Y por último el Rey puso su firma y sello al real decreto por el cual, con acuerdo del Consejo de Indias, concedía a la villa de San José de Buenavista de Curicó el título de «Noble y Leal Ciudad», con un escudo de armas propio y exclusivo..... cuando desatóse en incontenible avalancha la revolución de

los estados americanos y se extendió por Chile, llegando hasta el propio Curicó, el ideal de emancipación de las colonias españolas.

*
* *

Curicó dió caudillos valientes y partidarios heróicos a la nueva causa. El Coronel Mardones encabezó la revuelta en la región. Los ánimos hostiles por espacio de diez años, a causa de la disputa del escudo, volvieron a unirse en íntimo acuerdo para la rebelión. Acabáronse las divisiones, no hubo yá superundistas ni coronistas ni lorencistas. Todos fueron patriotas, criollos sin distinción. Ni siquiera aparecieron, como en Santiago y otras ciudades, los pelucones, que se inclinaban a continuar unidos a España después de restaurado Fernando VII, frente a los pipiolos o jovenzuelos, que representaban el espíritu revolucionario avanzado.

Y entre los legajos de los inmensos anaqueles del Archivo de Indias de Sevilla, duerme hace más de un siglo el expediente con el Real Decreto de Su Majestad Don Fernando VII, que concede a Curicó el ansiado título de «Noble y Leal Ciudad», dándole por blasón las armas del patriarca de la villa, Don Lorenzo de Labra:

En campo de sínople, el caballero armado, de plata, matando la sierpe de oro...

ARAVENA

"Páginas Españolas".—Glosas al Arte y al Viaje

El hermoso libro de Viajes por España, original del pintor y escritor chileno Héctor de Aravena, ha merecido entre muchas otras, las opiniones que extractamos a continuación:

«Observador agudo y artista emocionado, Aravena logra dar una impresión de conjunto acerca de España, completa y veraz, a pesar de su lirismo. Escrito en un estilo liviano y ágil, rico en imágenes y erudito, no obstante el tono ligero de crónicas volanderas que le ha impreso, «Páginas Españolas» es un libro meritorio, pues nos revela aspectos del alma y del paisaje españoles que podemos calificar de inéditos, de tal modo es original el punto de vista desde donde los enfoca el autor».

«La Nación» de Buenos Aires

«He aquí una obra altamente interesante, que revela un genuino temperamento de artista. Un libro dedicado a reflejar los maravillosos paisajes de España atrae siempre nuestra atención. Cuando—como en el presente caso—se trata de una obra personal, espontánea, sencilla y honda a la vez, esa atención se transforma en encanto. Todo el libro de Aravena conquista nuestra simpatía a la vez que puebla nuestros ojos de visiones espléndidas. Las ilustraciones de «Páginas Españolas» reproducen óleos de su propio autor. Son obras sencillamente admirables, que nos hacen pensar en la rica e intensa personalidad de este artista chileno».

GASTÓN FIGUEIRA. MONTEVIDEO

«Páginas Españolas» es un llibre jove, plé d' obtimisme, clar, ben informat i atmirablement dit»...

JOSEP PUJOL, BARCELONA

«...La penetración de su pupila y la fidelidad amorosa con que refleja los rasgos fundamentales de alma y paisaje, no se ven aminorados por el fulir nervioso de sus páginas. Su sensibilidad supo cantar el fondo místico y heróico de Avila y Toledo, como su destreza de artista nos dá en el boceto de Málaga la viva sensación de ese panorama mediterráneo».

SERAFÍN ORTEGA, MENDOZA

«¡Qué agradable sorpresa me ha acogido al regresar de Francia, con sus «Páginas Españolas», tan delicadas, y para mí tan henchidas de sugerencias, y cuánto le «agradezco», es la palabra, la cordialidad con que trata a esta mi vieja España!...»

AUGUSTO D'HALMAR, MADRID

«Movida y rápida película (obra de pintor en viaje), este libro describe, por no decir pinta, con viveza y colorido un panorama simpático de España, mejor, de los campos y ciudades de España, y mejor aún, del aspecto artístico, (arquitectónico y pictórico) de la inagotable madre de América».

A. SANTELICES, SANTIAGO DE CHILE

«Elegante edición, ilustraciones interesantes (del autor), y como contenido, un encantador conjunto de impresiones acerca de España, hacen de este libro una obra original, nueva y digna de agregarse a los más sugestivos estudios sobre españolismo».

MUNDO LATINO, PARÍS

Pedidos a EDITORIAL ARIEL

AVENIDA PEDRO DE VALDIVIA 3094

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA ESCUELA DE CIEGOS Y DE SORDO-MUDOS DE SANTIAGO DE CHILE A 14 DE ENERO DE 1931